

Hombrecito en la Tierra de las Promesas

Aldeo sentó pensativamente al lado opuesto de su madre en la mesa de la pequeña cocina. Trataba de identificar la sonrisa ansioso deformando los labios de su madre. Desde su juventud Aldeo la había servido a su madre como un adulto sustituto con consejos sabio entre sus relaciones con un desfile de hombres diferente. En la mesa de la cocina la madre y su hijo hablaba sobre cosas importantes. Ellos charlaban mientras que bebían leche, café o té. Las manchas de leche, café y té en la superficie de la mesa eran signos de charlas del pasado.

Truda encantaba preparar el té antes de cada charla, un costumbre para ella, pero este día las manos temblaba mientras intentaba poner la tetera en la estufa, creando un sonido disonante cuando los superficies tocaron cada uno.

-¡Mamá ten que decirme lo que te preocupa!-

A lo largo de los años Aldeo había aprendido a tomar el control de sus conversaciones cuando apareció la necesidad y, también, Truda se había acostumbrado a relacionarse a su hijo como un adulto. Cuando Aldeo tuvo 7 años, robaba pan para proporcionar comida a casa; a 12 años de edad luchaba con hombres cuyos avances sexuales su madre había rechazado y ahora tuvo 17 años sentía muy cómodo a llamarse a su mismo un hombre verdadero.

Truda sentó y empezó a tocar, nerviosamente, con una vieja caja para zapatos delante de ella encima de la mesa.

-Lo que tengo que decirte no es fácil mi hijo.-

Mientras hablaba ansiosamente, casi rompió afuera un parte de la caja hecha jirones.

-Mamá- dijo Aldeo con una voz infantil-. -nunca tengas que tener miedo al hablar conmigo.-

Cogió al otra lado de la mesa y le ofreció a su madre una mano. Cuando ella la recibió, él trataba de consolarla con su toque. Aldeo se puso derecho en la silla para parecer mas alta y empezó hablar a su madre.

-Dime por que tienes carita de pena mamá, dime y te protegeré... te prometo.-

En los ojos de su madre Aldeo veía, por la primera vez, un terror irreconocible cuando comenzó a hablar.

-Lo que tengo que decirte es sobre tu papa.-

Aldeo se estremeció incontrolable por un segundo. De repente sentía temblores por todo el cuerpo. La tema de su padre fue la sola tema que se enojó. Su papa los había abandonado a el y su madre cuando Aldeo tenía 6 años. El fantasma de su papa saliendo la casa por la ultima vez todavía se duele como el momento ocurrió. Su papa salió de la casa hace 11 años y Aldeo no nunca vio ni habló con él desde aquello tiempo. Truda supo que inyectar el nombre de su papa en una conversación cortaría los lesiones emocionales tan profundo de su hijo que no nunca había curado completamente desde su juventud, pero ella tuvo que hablar.

-¡No me hablas de ese hijo de puta!- rugió Aldeo, aporreando un puño en la pequeña mesa.

Inmediatamente él sintió un profundo arrepentimiento por sus palabras y acciones miraba a su madre se retiró en el miedo. Fue solo durante las charlas acerca de su padre que su madre le permitió a maldecir en su presencia. A lo largo de los años Truda había demostrado un gran tolerancia para la volatilidad de su hijo cuando ellos hablarían de la tema de su padre.

-¡Aldeo!- declaró Truda. -¡Tienes que escuchar lo que tengo que decirte!-

Como ella seguía hablar nerviosamente, a la misma vez empezó a tirar a los bordes de la vieja caja para zapatos de nuevo.

Aldeo notó la ansiedad de su madre mientras ella continuó a tirar, con ansia, a los bordes de la caja. El bajó su voz a un nivel más respetuoso.

-Me disculpas mamá.- murmuró Aldeo en deferencia. –No intenté tenerte miedo, lo siento mamá.-

Trudo siguió hablar mientras lágrimas comenzaron a formarse en los ojos.

-Aldeo.- se detuvo a lloriquear y frotar la nariz. –En este mundo la gente debe ser perdonando a veces por cosas que ha hecho en el pasado. Tu padre...-

Aldeo interrumpió la voz de su madre a la mitad de la frase.

-¡Pero mamá él eligió a dejarnos, no nunca lo perdonará por eso! A causa de él, hemos vivido en las calles, a causa de él hemos sufrido días sin comido...-

Truda escuchaba a su hijo, pero más ansioso y nervioso tiró a los bordes de la caja delante de ella encima la mesa.

-Mamá no puede pedirme a perdonarlo. En mis ojos él no es un hombre verdadero.-

Lentamente, Truda deslizó la caja anciana para zapatos hacía su hijo. En su estado de ansiedad, ella arranco un pedazo de la caja.

-Este es para ti.- susurró ella mientras acariciaba la mano de su hijo alcanzando para la caja.

Los ojos de Truda comenzaron a hincharse y entonces un mar de lágrimas caían rápidamente. Ella desesperadamente trataba de contener la tentación a llora en voz alta. La caja para zapatos era tan viejo, maltratadas y muy arrugada. Fue obvio que la caja había sufrido muchos inspecciones a través de los años pero Aldeo no nunca la había visto antes de hoy.

El silbido de la tetera interrumpió la tensión en el aire. Trudo saltó por su silla y corrió a mover la tetera del fuego. Al instante volvió a la mesa. Hoy no habría preparado nada de té. Aldeo quitó la tapa de la vieja caja para zapatos. Dentro de la caja fue un foto anticuada encima de una colección de objetos sin relacionados: trozos de papal doblado poniendo amarillo, un par de anteojos, insignias militar para un uniforme de un soldado, y un añejo libro pequeño y manoseado cuyas páginas se vuelven marrones en los bordes.

Aldo levantó sus ojos de la caja hacía su madre. –No entiendo mamá, estos no son mis cosas. ¿Por qué me da la basura de otra persona?-

Truda apenas podía hablar por el torrente de lágrimas corriendo baja de sus mejillas. En un voz roto y llena de pena ella habló.

-Aldeo la foto en la caja es un foto de su padre “verdadero”.-

Las palabras “padre verdadero” chuparon el aire del cuerpo de Aldeo, forzándolo estar situado en un sitio desconocido y oscuro en su mente. En su cabezo Aldeo empezó sufrir un silencio doloroso.

Lentamente levantó la foto de la caja. El hombre en la foto llevaba un uniforme militar y, en su cara, fue las mismas gafas enterrado en el fondo de la caja. Aldeo sentó mirando a la foto, en silencio sin un pensamiento en su cabeza mientras la voz de su madre continuó hablar temblorosa.

-Ese hombre en el foto es su padre...-

Mientras Truda continuó hablar, los oídos de su hijo se quedaron sordo. El podía percibir sola sonidos pequeños como si su cabeza estaba sumergido bajo de las aguas de un lago tan profundo. De repente, sin advertencia, el silencio en el sitio oscuro de su cabeza fue invadido, violentamente, por una sucesión de imágenes, sonidos y eventos de los últimos 17 años de su vida.

Mientras muchos pensamientos y imágenes corrieron por su cabeza, Aldeo capturó uno. Se dio cuenta que había odiado un hombre que no era una relación a él por muchos años. El fantasma que había salido de la casa hace 11 años fue una ilusión, un espejismo. Este pensamiento y otros movieron la tierra bajo sus pies.

Truda estaba llorando incontrolablemente y repitiendo sin parar: -Me disculpas mi hijo, por favor, me disculpas...-

En su mente muchos pensamientos competían con sonidos e imágenes alternado con fuerza ida y vuelta. En la caja, debajo de las gafas fue un papel doblado, frágiles y marcados por la edad. Aldeo desdobló el papel con cuidado. Ahora se dio cuenta que la caja contuvo cosas pertinente a su vida. Después se desdobló el papel, vio que fue un certificado de nacimiento. Aldeo lo leyó. En la línea reservada para el nombre de la madre vio "Truda" y su apellido de soltera. La línea reservada para el padre fue en blanco.

-Me disculpas, te quiero más que mi vida, por favor, me disculpas...-

La voz de su madre se levantó y se cayó entre silencio y sonidos casi imperceptibles. Aldo sentía, por la primera vez de su vida, un dolor ardiente depositado profundamente en el estómago. El dolor fue un tóxico mezcla de odio, furia y congoja que se negó tranquilizarse. Aldeo había perdido su orientación en el mundo, alguien lo había robado de su equilibrio. La mesa y la cocina empezaban a mover en direcciones opuestos de cada uno. Se sentó del otro lado de su madre. Le caían las lágrimas de ambos Aldeo y su madre ahora. Ella le suplicaba sumamente. Aunque él podía ver los labios moviendo, todavía estaba sufriendo en silencio sin la capacidad oír nada.

Las manos de Aldeo comenzaron a temblar. Cuando su madre le alcanzó, rehuyó con un reflejo violento. Aldeo estaba respirando una combinación ácido de desprecio, el asco y traición para su madre como lágrimas formaban en los rabillos de sus ojos.

Truda continuó su mantra rogando perdón a los oídos sordos de su hijo. -Me disculpas mi hijo... por favor, me disculpas...-

Fin